

Datos bioográficos

Realizó estudios de licenciatura y maestría en historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y de doctorado en historia en la universidad de Hamburgo.

Investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM desde 1991.

Profesor a nivel licenciatura en historia en la UNAM (Facultad de Filosofía y Letras) desde 1990, imparte actualmente la clase de Historia de Inglaterra, del siglo XVI al XIX.

+ Autor de los libros: *Visión extranjera de México, 1840-1867. I. El estudio de las costumbres y de la situación social* (1998), *La moneda de cobre en México, 1760-1842. Un problema administrativo* (2000), *En busca del hombre útil. Un estudio comparativo del utilitarismo neomercantilista en México y Europa, 1748-1833* (2005).

+ Editor de una antología de textos de Tadeo Ortiz de Ayala (*Páginas sobre historia y geografía de México*, 1995) y dos de Niceto de Zamacois (*Vindicación de México*, 2007 y *México y Estados Unidos: dos historias*, 2013).

+ Coordinador de los libros:

- Junto con José Antonio Bátiz: *La moneda en México, 1750-1920* (1998).

- Junto con Matilde Souto, *Economía, ciencia y política. Estudios sobre Alexander von Humboldt a 200 años del Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México (2012).

- Junto con Antonio Ibarra, *Moneda y mercado. Ensayos sobre la historia monetaria latinoamericana. Siglos XVIII a XX* (2013).

+ Traductor de la obra del viajero alemán Eduard Mühlenpfordt, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México, referido principalmente a su geografía, etnografía y estadística* (2 Vols. 1993), un libro muy completo sobre el México de la primera mitad del siglo XIX que se publicó originalmente en 1844.

Ha trabajado temas de historia del siglo XIX, como: viajeros en México, historia de las ideas políticas, sociales y económicas en México y Europa, aspectos de historia comparada entre México y Europa.

Resumen

Los autores de libros sobre México durante la época santannista Isidore Löwenstern y Luis Manuel del Rivero explican la situación de este país con atención a su historia social y a lo que se solía llamar por entonces el estado moral de los habitantes. El austriaco Löwenstern muestra perspicacia en lo relativo a la cuestión de los valores sociales implícitos y subyacentes a aquéllos que la población afirmaba profesar, particularmente los llamados “hombres de bien”. El español Rivero evalúa en forma crítica a la clase gobernante mexicana comparándola con la situación del país en la época colonial. Ambos autores concluyen que el peso del pasado en la situación de México es mayor a lo asumido por sus habitantes y que sólo si se toma conciencia de esto se podrá acceder a otro estado de cosas en lo político y lo social.

Palabras clave

Viajeros extranjeros en México en el s. XIX - Isidore Löwenstern -Luis Manuel del Rivero - Política y sociedad en México en el s. XIX.

El peso del pasado y la religión en las costumbres y el estado social de México. Las reflexiones de Isidore Löwenstern y Luis Manuel del Rivero (1843-1844).

José Enrique Covarrubias
Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM

Isidore Löwenstern y Luis Manuel del Rivero se cuentan entre los extranjeros que visitaron México durante los años del centralismo (1835-1846). Viajero estricto el uno y residente temporal el otro, ambos publicaron escritos sobre la política y la sociedad mexicana del periodo. Común a los dos fue la sensibilidad a los factores históricos y la cara moral de la religión, aspectos decisivos en la situación del país y por los que se remontaron a la formación social del mismo. ¿Hasta qué grado la sociedad mexicana mantenía continuidad con la novohispana? ¿De qué manera la religión católica había marcado la manera de ser del pueblo? Éste es el tipo de preguntas para las que estos escritores dieron respuestas, algunas de ellas muy distintas e incluso opuestas. Las divergencias no abarcaron, sin embargo, su marco conceptual de fondo, que era muy parecido y común en la época. Ahí reconocemos ideas como *carácter de la nación*, *estado social*, *estado de las costumbres*, etc., todas ellas de gran importancia en sus consideraciones. A examinar estas ideas y sus implicaciones está destinado el presente estudio, cuyo propósito es también mostrar, en términos más generales, los alcances de la historia social en las obras de estos dos autores.

1. Isidore Löwenstern y su libro *Le Mexique. Souvenirs d'un voyageur* (1843).

Isidore Löwenstern es un ejemplo de esa especie de viajero por vocación que tuvo un auge notable en la centuria decimonónica.¹ Nacido en el seno de una familia acaudalada en Austria, su situación desahogada le permitió viajar por América, concretamente por Estados Unidos, Cuba y México. Resultado de este recorrido fue tanto un libro de viajes sobre Estados Unidos y La Habana,² como el escrito que aquí nos concierne,³ resultado de la visita que en 1838 hizo a México.

En el prefacio del libro Löwenstern indica ya el tipo de curiosidad que lo mueve hacia México: “mi principal objeto de interés son las costumbres”.⁴ Más adelante, en otro pasaje, especifica con más detalle la importancia de ese tema:

La descripción del suelo, la enumeración de los productos, etc., no bastan para juzgar sobre un país; son los conocimientos de la nación de que uno se ocupa, de sus costumbres y sobre todo de su carácter, los que deben privar al aproximarse a ella.⁵

Consecuentemente, en el libro leemos varios capítulos sobre aspectos recurrentes de la conducta de los pobladores, con énfasis en el origen de dichos rasgos (indígena o español), así como en el tipo de situación

¹ Sobre este viajero en México puede leerse, de Clementina Díaz y de Ovando, “Isidoro Löwenstern: su visión sobre México (1838)”, en Amaya Garritz (ed.), *Un hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan A. Ortega y Medina*, México, UNAM, 1993, p. 362. La obra de Löwenstern sobre México ha sido publicada en español por el Fondo de Cultura Económica como *México. Memorias de un viajero* (2012), con edición, traducción y prólogo de Margarita Pierini. Esta última es también autora de un estudio sobre el viaje de Löwenstern a México: *Viajar para desconocer. Isidore Löwenstern en el México de 1838*, México, UAM/Iztapalapa, 1990. En el artículo presente se citará el texto original en francés.

² Isidore Löwenstern, *Les États-Unis et La Havane. Souvenirs d'un voyageur*, París/Leipzig, Arthus Bertrand/ Leopold Michelsen, 1842.

³ *Le Mexique. Souvenirs d'un voyageur*, París/Leipzig, Arthus Bertrand/Leopold Michelsen, 1843.

⁴ Löwenstern, *Le Mexique*, p. VI.

⁵ *Ibidem*, p. 144.

en que más se notan.

El México retratado por Löwenstern es el del *hombre de bien*, según el calificativo que por entonces se aplica a las personas socialmente respetables y de buena fe. Es el tipo de clase media, educado y religioso al que el historiador Costeloe ha retratado en su libro con el mismo nombre.⁶ También es el México en que es común preciarse de ser un “verdadero mexicano”, bajo la idea de que ésta es una cualidad única de que no todos pueden presumir. El austriaco se muestra fuertemente crítico de estas actitudes, que no sólo le parecen vanidosas y ridículas, sino en realidad inconsistentes, acaso huecas. De la crítica de las costumbres, Löwenstern transita a la disección social.

Löwenstern no encuentra en México muchas personas que actúen de buena fe y de acuerdo con los cánones de amabilidad y atención hospitalaria elogiados por otros viajeros. Conforme transcurre su viaje toma consciencia de lo generalizado del robo en el país y alberga crecientes temores de ser objeto de algún asalto o hurto, experiencia esta última que finalmente vive en Guadalajara, donde sus maletas aparecen un día abiertas y saqueadas en el hotel por el descuido de sus mozos.⁷ Todo esto le va dando una idea negativa sobre “el estado moral” del país, es decir, de aquello que sintetiza su juicio sobre las costumbres. Esto lo previene crecientemente contra las clases populares, que según sus observaciones son las más propensas a los hurtos, los engaños y las actitudes de hipocresía.

Ahora bien, algo interesante del libro de Löwenstern es que desde sus primeras páginas se relaciona directamente este defectuoso estado moral con el contexto político. En ellas encontramos una comparación entre Estados Unidos y México, países que el viajero visita en sucesión.⁸ Así, desde el prefacio deja ya ver el talante con que el autor se aproxima a estos países:

Al trazar el retrato del anglo-americano, uno se esfuerza por mostrar a los partidarios de las bellas teorías el

⁶ Michael P. Costeloe, *La república central de México, 1835-1846. Hombres de bien en la época de Santa Anna*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

⁷ Löwenstern, *Mexique*, pp. 364-366.

⁸ Con una estancia breve en La Habana, antes de embarcarse hacia México.

efecto de su aplicación. En la penosa tarea de pintar al mexicano, uno espera y se precia de llamar la atención hacia hombres que han sido abandonados en medio de su entrega desmedida a las pasiones.⁹

El escenario mexicano es, por tanto, de desenfreno y falta de gobierno en casi todos los sentidos. Sin embargo, la responsabilidad de esto no es exclusiva de los mexicanos, sino también de las demás naciones que no han puesto freno a este estado de cosas.¹⁰ La disolución en el país afecta también las relaciones con el extranjero y a los mismos viajeros europeos que visitan el país, como Löwenstern, que resiente el ser motivo de muy poco respeto y verse a menudo expoliado por lo que debe pagar en hoteles, comida, transporte, etc.

Sin embargo, retomemos lo relativo a cómo Löwenstern percibe esta sociedad de hombres de bien de que ya se hacía mención.

El hombre de bien no implica en realidad una persona autogobernada, ecuánime y capaz de refrenar sus apetitos. Un ejemplo es el general José Urrea, quien encabeza un levantamiento en la costa noroeste precisamente cuando Löwenstern se traslada hacia allá en la etapa final de su recorrido. Pues bien, para aminorar los temores y la contrariedad del viajero, un lugareño le asegura que Urrea es *hombre de bien* y por tanto solamente se apodera de los recursos del gobierno y los bienes de sus enemigos, que por definición son los miembros del partido centralista. Löwenstern podrá sentirse seguro, le dicen en tono tranquilizador, pues Urrea no es hombre que tenga en la mira a viajeros como él.

Este episodio ocurre hacia el final del libro y constituye la culminación de un buen número de experiencias sobre la forma mexicana de entender las cosas en cuanto a moralidad y decoro social. En los capítulos XI y XII del libro, explícitamente dedicados a las costumbres en México,¹¹ Löwenstern menciona la afición al juego y asegura que ésta campea en todos los niveles y ámbitos sociales, incluidos los de profesionistas y empleados del gobierno, y en esto no

⁹ *Ibidem*, p. VIII.

¹⁰ Sobre este argumento, Löwenstern recomendará al final de su escrito una intervención europea en favor de la monarquía en México, *ibidem*, pp. 455-464.

¹¹ *Ibidem*, pp. 144-173.

hay diferencia entre individuos de talante disipador y avaro. Tanto los unos como los otros buscan la fortuna en el juego, si bien los segundos sólo en pos de aumentar un patrimonio ya acumulado. El espectáculo de Tlalpan en Pentecostés, clímax del juego en México, es de un descontrol total de gastos y deseo incontenible de participar en las apuestas. A las cantidades de dinero ahí arriesgadas se suman los muy elevados gastos del transporte y alojamiento, a todas luces desmedidos pero erogados de cualquier manera por quienes van allá.

Obviamente, la pregunta que de manera natural surge al leer estas reseñas de eventos y conductas sociales es la de por qué no hay freno a tal tipo de inclinaciones. Löwenstern se interna entonces en ese campo tan intrincado que es el de los valores sociales de México. Para desenmadejar el panorama, el austriaco describe conductas que muestran los verdaderos valores vigentes y no los que se propalan bajo la fachada de la gente de bien. Menciona los casos de un médico y un empleado de aduanas dispuestos a abandonar su actividad o abusar del cargo para hacerse de dinero en forma rápida. El médico no tiene problema en interrumpir la atención a sus clientes y fungir por varios días como corredor de unos comerciantes ingleses. El empleado de aduana permite el paso de mercancía prohibida a cambio de que se le pague un soborno, dinero con el que posteriormente realiza apuestas y aumenta transitoriamente su patrimonio. Mientras este aduanero gana en el juego, la esposa se muestra satisfecha con él y le prodiga atenciones en casa. Basta con que el marido deje de ganar en el juego y sufra pérdidas de dinero para que el entorno hogareño cambie y no cuente más con esa esposa afectuosa y solícita, sino con una cónyuge fría y distante, indispuesta incluso a prepararle la cena. Löwenstern ve en esto una mentalidad social que dicta la validez de obtener dinero por medios honestos o deshonestos. El aportar un buen ingreso regular es lo que importa, los medios son secundarios. He aquí los verdaderos valores de México.

El bajo nivel moral predominante resulta comprensible si se atiende a las condiciones de la vida familiar según las presenta Löwenstern. Dentro de la familia se vive cotidianamente la conducta despilfarradora e irresponsable del padre, de suerte que es la madre quien quien puede tener un poco más de margen para educar a los hijos y rectificar el ejemplo dado por el esposo. Qué tantas perspectivas

de éxito habrá en esto, ya se podrá juzgar por el hecho de que a los hijos se les condena a tener en sus padres modelos opuestos.

La situación social resultante es que el juego y la corrupción se ven justificados como caminos a la solvencia económica. La sociedad aprecia al hombre de éxito económico, aunque este éxito se consiga con recurso de lo ilícito o lo dudoso. Sin embargo, Löwenstern no abunda mucho en los diversos contextos sociales de estas conductas; él más bien quiere llevar sus consideraciones de manera genérica hacia el carácter nacional, que en última instancia es lo que se ha propuesto juzgar. En los capítulos sobre las costumbres, el viajero confirma la idea, expresada ya desde un centenar de páginas previas, que la frivolidad y el desapego son lo propio del carácter nacional mexicano. Con todo, el rasgo no se muestra igual en todos los grupos de la población, de suerte que Löwenstern lo caracteriza tal como ocurre en varios de ellos.

Por lo que toca al indio, Löwenstern nos dice que “para resumir sus cualidades, es un ser soberanamente desapegado y ligero, esclavo de sus sentidos, ladrón por naturaleza”,¹² aunque también inofensivo si no tiene algo de mestizaje. Su ligereza se manifiesta particularmente en una actitud de sorna constante hacia los extranjeros, algo que según Löwenstern había sido ya registrado por Bernal Díaz del Castillo durante la Conquista.¹³ Se trata así de un comportamiento endémico persistente a lo largo de siglos. El rasgo molesta bastante a nuestro viajero, que va sufriendolo en las diversas estaciones de su viaje. Bajo la sorna del indio hay una actitud de desprecio hacia el extranjero, presente en todas las clases de México. Al austriaco se le hace particularmente presente en la ya referida incuria de los mozos que lo acompañan en su viaje, con una lentitud y falta de esmero que le parecen desesperantes. De cualquier manera, reprenderlos no sirve de nada:

Mostrar impaciencia con estos hombres que poseen el carácter vindicativo del español pero también el letargo y la obstinación del indio sumados a la flojera del negro, no sirve de nada, puesto que son inmunes a las órdenes y responden con una

¹² *Ibidem*, p. 187.

¹³ *Ibidem*, pp. 45-46.

risa burlona. *Es la costumbre*, y continúan con lo mismo.¹⁴

Las continuas expresiones de amabilidad y disponibilidad que fluyen de las bocas mexicanas no tienen, por tanto, mucha correspondencia con su actitud de fondo, por lo menos en lo que toca a su trato con el extranjero. Todo exhala superficialidad y desapego a lo que sea. Los mestizos han heredado esta ligereza de los dos ramales de progenitores, por lo que son una suma de defectos. En cuanto a los indios, la actitud burlona revela que no son melancólicos, tímidos y dulces, como tantas veces se les ha descrito. Al cabo forman más bien un tipo de salvaje, opina Löwenstern, y este último es siempre burlón.¹⁵

Lo anterior resume la percepción del carácter frívolo y desapegado en las clases más populares de México. ¿Qué dice de las clases mejor situadas? Ahí también se encuentra este rasgo, que por algo es la característica genuinamente nacional.

Entre los criollos y los individuos más acomodados se nota la fatuidad en la ostentación de un supuesto talante *siempre alegre*, por el que se pretendería no resentir nunca las situaciones adversas. Es un rasgo petulante y en el fondo injustificado, sostiene Löwenstern, quien no piensa seguirles el juego. En el caso de estas clases bien situadas, el origen de la actitud no parece ser -o no es forzosamente- la voluntad de engañar y manipular de mala fe al extranjero o al incauto, como pasa con las populares. En estos ambientes prevalece más una actitud de superioridad nacional, y ésta se manifiesta, por ejemplo, en las reuniones sociales donde mexicanos poco o medianamente educados pretenden dar lecciones a los extranjeros. Con suficiencia y supuesto convencimiento, los mexicanos expresan opiniones sobre tal o cual cuestión que se espera sean bien recibidas y aprobadas por el extranjero, de suerte que éste termine por darles incondicionalmente la razón. Frente a tal presunción, el extranjero se ve arrinconado y sólo puede tomar dos actitudes. Una es conceder efectivamente la razón

¹⁴ *Ibidem*, p. 307.

¹⁵ En contrapartida, Löwenstern no considera que los indios mexicanos actuales sean bárbaros, pese a que en el período prehispánico practicaran los sacrificios humanos. Piensa que esa vieja barbarie se puede haber diluido al paso de los siglos, *ibidem*, p. 177.

al interlocutor, aunque en el fuero interno sepa que lo escuchado no es correcto ni revela verdadero conocimiento. Otra es entablar una discusión y mostrar sus errores al otro para corregir su razonamiento. Esto último nunca se debe hacer en México, advierte el viajero, pues el interlocutor no aceptará la contradicción y la tomará como una ofensa o desconsideración. La primera actitud también pone al extranjero en una situación muy incómoda, pues con su argumento confirmado el mexicano se apoltrona en una especie de superioridad asumida desde el inicio, donde ya asomaba un desprecio profundo por el extranjero.

Irónicamente, el deficiente nivel educativo es algo que Löwenstern resalta de México, como muchos otros viajeros extranjeros.¹⁶ También señala ausencia de buen gusto en el comportamiento social. Esa falta de decoro o fineza social se hace sentir en conductas como las recién referidas. Sin embargo, la actitud petulante y hermética ante los argumentos del otro parece ser también fortalecida por el tipo de periodismo y publicística que ha estado en boga con el advenimiento de la independencia. La falta de calidad y profundidad en las publicaciones nacionales es algo patente, pues la discusión política no pasa de una mera y mala imitación de lo producido en Europa.¹⁷

Así, al tratar sobre la conducta entre la gente de posición social más elevada y con alguna educación, Löwenstern vuelve a detectar realidades distintas detrás de las fachadas. En el caso del mexicano de talante “siempre alegre”, supuestamente impermeable a contrariedades o disgustos, late también una vulnerabilidad potencial ante los posibles desacuerdos del extranjero, que es lo que lo lleva al dogmatismo en la discusión.

¹⁶ Entre los viajeros franceses lo constata, por ejemplo, Chantal Cramaussel, “Imagen de México en los relatos de viaje franceses: 1821-1862”, en Javier Pérez Siller (coord.), *México Francia. Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX*, México, Centro de estudios mexicanos y centroamericanos/El Colegio de San Luis, A. C./Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1998 I, p. 303 (obra consultada en línea en Open Edition Books (2015): <<http://books.openedition.org/cemca/4066>>. ISBN: 9782821855649. DOI: 10.4000/books.cemca.4066).

¹⁷ Löwenstern, *Le Mexique*, pp. 112-114. Una excepción en este panorama sería, a su parecer, la obra del historiador Carlos María de Bustamante.

Lo anteriormente expuesto se refiere a una parte de los elementos sobre los que Löwenstern formula su juicio sobre las costumbres y el carácter de la nación. Preciso es decir que en su obra también priva un interés por lo que solía llamar “el estado social” o “estado de la sociedad”, de donde provienen más elementos para la consideración de las costumbres y el carácter de México. Apréciase el siguiente párrafo de *Le Mexique*, situado al inicio del capítulo dedicado a la capital del país. Ahí explica el viajero aquello que a su manera de ver constituye lo más interesante de México y justifica un viaje por este país:

¿Dónde encontrar un país en que se hayan reunido tantos prodigios de la naturaleza; que al estar excluido durante tres siglos de toda relación con el extranjero presente todavía el estado de la sociedad como lo fue desde los tiempos de la Conquista; en que el conquistador haya conservado las costumbres de la Edad Media, y el pueblo vencido las costumbres y hábitos de sus antecesores?¹⁸

En México se vive entonces un estado social que data de los tiempos de la Conquista, sin cambios profundos en las costumbres. El contexto adecuado para entender estas últimas, en tanto que herencia española, es la sociedad del medievo; por lo que toca a la parte nativa, preciso es remontarse al pasado prehispánico. ¿Qué costumbres mexicanas son explicadas desde este marco social? Una de ellas es la conducta pulida y ceremoniosa, tan obvia en el español pero también presente entre los indios desde antes de la Conquista.¹⁹ También tenemos la fuerte tendencia al lujo, que Löwenstern presenta como una herencia medieval, según se constata en el espléndido atuendo del jinete mexicano. En ocasión de esto, el viajero comenta:

Cualesquiera que sean las instituciones políticas injertadas en esta nación, sus costumbres y usos han permanecido casi los mismos que eran en tiempos de la Conquista. Alejado del resto del mundo por la política

¹⁸ *Ibidem*, p. 54.

¹⁹ *Ibidem*, p. 180.

sombría de España, la mexicana, más que cualquier otra nación, ha mantenido las exterioridades pero no el espíritu caballeresco de los viejos tiempos.²⁰

Por lo que toca a la parte indígena, el gusto por lo lujoso se manifiesta principalmente en las fiestas religiosas, varias de las cuales son apreciadas por nuestro autor. Probablemente constituyan los escenarios que Löwenstern describe con más detalle y fascinación en *Le Mexique* (además de algunos sitios arqueológicos y ciertos objetos de interés numismático y naturalista), con descripciones vistosas del arreglo de las calles y las plazas, así como de la manera de ornamentar o llevar las figuras que son objeto de devoción. Después de todo, Löwenstern es austriaco y procede de un país de fuerte tradición católica, de ahí que este tipo de escenas le sean familiares y un objeto de implícita comparación con el estilo y espíritu con que ocurren en Europa. Al hacer tal comparación vuelven a aparecer las apreciaciones críticas, destinadas a resaltar el ya mencionado carácter frívolo y desapegado de la nación mexicana. Así como el mexicano de clase media o posición desahogada manifiesta ligereza e inconsistencia moral al empeñarse en el juego o las especulaciones financieras, el indígena mexicano lo hace durante las fiestas religiosas. Éstas expresan la inclinación mexicana al gasto lujoso, al entretenimiento visual y a la ausencia de espíritu y corazón en su religión.²¹ El viajero lo lamenta, puesto que el catolicismo implica un ritual sencillo que debería despertar un sentido de lo simple y austero, idóneo para la espiritualidad religiosa. Ningún estímulo en este sentido ocurre en el indio mexicano que participa en las fiestas, y todo esto como un resultado natural del tipo de evangelización llevada a cabo por los españoles, tan insistentes en los atractivos visuales y exteriores del rito que dieron lugar a este formalismo externo con una falta de contenido espiritual evidente.

Muy irónico le resulta a Löwenstern que países de catolicismo fanático, como España, Portugal y México, hayan venido a ser, en fechas recientes, aquellos en donde la religión se ha vuelto un objeto de

²⁰ *Ibidem*, p. 135.

²¹ *Ibidem*, pp. 122-125.

rechazo creciente.²² No ha sido el caso, por ejemplo, de Italia, Francia o los estados católicos alemanes, donde los conflictos relacionados con lo religioso se han registrado en forma esporádica y sin dañar tanto a sus sociedades. El hecho es que en México hay una armonía y unión apenas simulada entre los poderes religioso y secular manifiesta, por ejemplo, en la participación del presidente de la República y otros políticos en procesiones como el *Corpus Domini*. Al lado de los dignatarios eclesiásticos se ven hombres públicos, incluso políticos de ideología liberal, de los que la jerarquía eclesiástica teme en realidad el saqueo de sus bienes, de ahí que hasta ahora prefiera ceder y apoyar económicamente al Estado antes que aventurarse a enfrentamientos o desavenencias profundas.²³

A grandes rasgos, éste es el estado social apreciado por Löwenstern en México durante su viaje en 1838, antes del conflicto con Francia en 1838, tras haber visitado Estados Unidos y La Habana y previo a salir del país por el Pacífico. Como se aprecia, en su caso el diagnóstico del estado moral lo lleva al del estado social, que de todos modos él entiende como subsidiario del primero. Agudas son sus observaciones en lo relativo a los verdaderos valores sociales y la manera tan peculiar de disfrazarlos. El carácter satírico de muchas de sus observaciones derivan no sólo de su deseo de hacer crítica moral y social, sino también me parece del propósito de “pintar al mexicano” como lo refiere ya en su prefacio, que claramente remite a la literatura de los tipos nacionales “pintados por sí mismos”, tan en boga en los años de publicación de su libro. Tanto en Europa como en México se publicaron por entonces obras con estos títulos, para ofrecer un cuadro de costumbres con trasfondo o implicación de estudio social, aunque en tono pintoresco o satírico y algunos ribetes románticos.²⁴

²² *Ibidem*.

²³ Ésta es otra circunstancia que el viajero recoge como muy indicativa del estado moral de México, con una situación religiosa en la que las tensiones a nivel de autoridades impiden que el culto y el personal eclesiásticos ejerzan la única influencia positiva y necesaria que puede contener y encauzar a la multitud ignorante del país, *ibidem*, pp. 37, 125.

²⁴ La gran obra modelo en este sentido fue *Les français peints par eux-mêmes. Encyclopédie morale du XIXe siècle*, comenzada a publicar en 1840 por L. Curmer (París), con colaboraciones de Balzac y otros escritores importantes de la época. En España

El interés por las costumbres terminaba, prevalecía y orientaba la curiosidad social en muchos medios de imprenta.

2. Luis Manuel del Rivero y su libro *Méjico en 1842* (1844).

El libro *Méjico en 1842*, del español Luis Manuel del Rivero, ha sido en general poco conocido y comentado entre los estudiosos de la situación política y social de México en el siglo XIX, no obstante su interesante información y reflexión sobre éstos y otros puntos.²⁵ La obra aparece en los albores de la década más netamente santannista y refleja un país tironeado entre las tendencias al autoritarismo de Santa Anna y otras a la franca anarquía. Son los años medulares del centralismo, cuando ya se resiente la desmoralización dejada por la secesión texana y el muy poco éxito de la presidencia de Anastasio Bustamante entre 1837 y 1841. El escenario desesperanzador de aquel México asoma entre las páginas de este autor que, como Löwenstern, opta a menudo por ver las cosas de manera burlesca.

Rivero procedía del norte de España, una región en contacto intenso con América desde la época colonial y de la cual vino un gran número de inmigrantes. Su estancia en México transcurrió entre 1839 y 1842 y en ella parece haber ejercido la profesión de abogado en favor de los intereses españoles.²⁶ Más adelante (1847) publicó una serie de artículos en *El Español* sobre la guerra entre Estados Unidos y México, donde en gran medida repite las observaciones y opiniones que había vertido en *Méjico en 1842*.

La visión de Rivero destaca, entre otras cosas, por dirigir una amplia mirada al pasado novohispano y encontrar ahí un escenario de contraste decisivo con el México contemporáneo. Sus reflexiones se orientan en gran medida a explicar cómo un país mantenido durante mucho tiempo en el aislamiento, el principio de jerarquía y la tranquilidad propias de una colonia pasa a ser un escenario conflictivo

se publicó *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, I Boix, 1843-1844, 2 vols., y en México aparecería una década después *Los mexicanos pintados por sí mismos. Obra escrita por una sociedad de literatos*, México, M. Murguía, 1855.

²⁵ El libro fue publicado por Eusebio Aguado, en Madrid (1844).

²⁶ Raúl Figueroa Esquer, "Luis Manuel del Rivero, el diario *El Español* y la guerra de 1847" en *Estudios. Filosofía-Historia-Letras* Vol. 14, 50-51, 1997-1998, pp. 115-116.

e impredecible, reorganizado según principios opuestos a los antiguos. Interés evidente de este autor, al cabo español, es deslindar la patética trayectoria del México independiente de su herencia virreinal. En su opinión, México se ha descarriado por culpa de sus dirigentes políticos y no porque España lo haya dejado entrampado o bajo una herencia nefasta. Para los fines de este trabajo, la continua comparación que realiza entre presente y pasado de México representa un paso más en el estudio del estado social respecto de lo hecho por Löwenstern.

Veamos algunos de los aspectos sociales mencionados por Rivero que permiten comparar su visión de México con la de Löwenstern. Tomemos el mismo punto de partida del austriaco: ¿son los mexicanos un pueblo capaz de gobernarse o se encuentran en un estado de desenfreno imparable que sólo augura desastre y disolución?

Para Rivero, la vida pública de México no es republicana. Transcurridas dos décadas de haberse separado de España, este país va de tumbo en tumbo y no logra reorganizarse de manera pacífica y estable. Primero fue imperio, luego república federal y ahora república central. ¿Cabe suponer que esta situación se debe a que los mexicanos cada vez se acercan más a la constitución republicana idónea? No es el caso, sostiene Rivero, pues las causas de la inestabilidad son mucho más profundas. Una de ellas es que el tipo de sociedad ahí prevaleciente no va con una república. Algo que falta, por ejemplo, es la tan invocada virtud republicana:

Interés por la cosa pública, ese patriotismo que hace anteponer la patria a toda afección, eso que en lenguaje técnico se llama *virtud* en las repúblicas, y sin lo que éstas no pueden existir, el pueblo mexicano ni lo ha conocido ni lo conoce.²⁷

Este señalamiento aparece en el capítulo del libro intitulado “Capacidad política”, y Rivero lo ha incluido ahí precisamente para demostrar que el gran problema de México es la incapacidad política de su clase dirigente o “reinante” (como la llama en algún momento), encandilada en un modelo de república que no se ajusta al país. El cuadro resultante no es tanto de degeneración, como en el diagnóstico de Löwenstern,

²⁷ *Ibidem*, p. 301.

sino más bien de un escenario en que no se sabe por dónde empezar o tener claridad sobre qué es viable o no con la sociedad que se tiene. Cuando los dirigentes insurgentes y revolucionarios motivaron a la población con el principio de la soberanía popular, ciertamente que lograron la independencia de México y un impulso general en favor de otro orden de cosas. Donde fallaron fue en suponer que una serie de inclinaciones y hábitos tricentenarios serían revertidos y como en prestidigitación se haría de un pueblo pasivo, poco afecto al debate y carente de experiencia en participación pública, una verdadera colectividad republicana.

La sociedad mexicana va por otros rumbos y es vital que los dirigentes de México lo reconozcan, piensa Rivero. El eje de gravedad de los intereses, propósitos y motivos impulsores de la sociabilidad está en la vida familiar y en la búsqueda de amistades. Ahí prevalece, pues, la sociabilidad particular. Aunque esta situación era ya obvia en la Colonia, la posterior ausencia de un gobierno efectivo y el derrumbe de las viejas formas de dominio la han sacado todavía más a luz. Ahora está claro que hasta el mismo clima o medio geográfico opera en favor del gusto por los círculos sociales reducidos y muy ajenos a lo público:

la naturaleza no pone allí mucho de su parte [para que la sociedad mexicana se forme en la escuela de las vicisitudes públicas]; porque la fibra que ella da no es esa fibra que constituye las organizaciones vigorosas que el ejercicio del poder requiere, sino esa otra que grandemente habilita para gozar en el círculo doméstico y social.²⁸

Sin embargo, en esto también hay factores históricos y es lo que importa aquí, pues Rivero señala que desde la Conquista se infundió un talante quietista a la sociedad novohispana por el que la participación política resultó muy limitada, reservada como estaba casi exclusivamente a las autoridades.²⁹ La masa recibía como compensación las atenciones, la presencia y el apoyo de la religión. La gente con más educación podía aspirar a honores académicos y

²⁸ *Ibidem*, p. 301.

²⁹ *Ibidem*, pp. 23-25, 31.

sobresalir, pero esto no equivalía a tener posiciones políticas y era además muy inusual. El contexto no favorecía la aparición de líderes intelectuales que opinaran sobre el gobierno o la sociedad. El único reclamo de una participación política menos exclusiva había ocurrido en los principios del virreinato, cuando los conquistadores y sus hijos intentaron tener mando público y representar -a partir de sus servicios a la Corona y su condición de grandes propietarios- una fuerza o elemento de tipo aristocrático. Tal presión fue resistida por la Corona, que le contrapuso el elemento democrático del trabajo y limitó la participación de esta gente a las funciones como las de alcalde o regidor.

Rivero sostiene así que la sociedad novohispana albergó ya fuertes tendencias al disfrute de la sociabilidad privada y la vida en círculo reducido. Le importa recalcar, sin embargo, que esta inclinación era contrarrestada por circunstancias y recursos políticos que impedían ir muy lejos en esa dirección. Precisamente una diferencia decisiva entre ese México colonial y el independiente es que en el primero hubo facilidades y reconocimientos a los hábitos del trabajo y la disciplina, de ahí que éstos representaran un contrapeso al relajamiento y la estrechez de miras sociales. Los individuos se forjaban un carácter firme y una autosuficiencia económica satisfactoria. El resultado era una sociedad “muy trabajada” en que se constataba el equilibrio entre el respeto a la vida privada y el estímulo a la actividad y los rendimientos económicos.³⁰ En 1842 prevalece una sociedad en la que no hay preocupación e interés públicos, como tampoco se ve la inclinación al trabajo y la disciplina, pero sí una potenciada inclinación al goce social anodino sin el contrapeso de algún imperativo moral o social. Ciertamente, campea un fuerte deseo de ocupar cargos de gobierno o vivir del presupuesto público, pero esto porque: 1) así se cuenta con un ingreso seguro para el tren de vida buscado, 2) se alimenta la propia vanidad y 3) se revive el viejo espíritu aristocrático colonial -aquél de los conquistadores antiguamente contenido- interesado en cargos públicos, sobre todo militares.³¹

³⁰ Esa expresión de una “trabajada sociedad”, relativa a una sociedad sometida a diversas influencias equilibrantes (naturales y artificiales), en *ibidem*, p. 29.

³¹ *Ibidem*, pp. 28, 57, 238.

No es difícil situar la afición al juego dentro de este cuadro social trazado por Rivero. Encaja perfectamente en ese tipo de sociabilidad estrecha, enfocada en lo privado y de muy pocas miras públicas. Pero Rivero concede que aquí se hace sentir también un cierto rasgo de carácter muy propio de los mexicanos, que son bastante disipados, carentes de previsión y sobre todo antojadizos, de suerte que si algo los domina es la inclinación a gastar mucho, y a veces sin saber ni por qué lo hacen.³² Lo cierto es que muchas fortunas heredadas han terminado esfumadas en las mesas de juego.

¿Qué ha quedado de la influencia moral de la religión, que tan importante fue tras la Conquista y a lo largo del pasado colonial? ¿Cómo ha sido que perdió esa persuasión tan fuerte y que tanto marcó ese periodo del pasado? ¿Ha desaparecido la costumbre marcada por la práctica de la religión?

Rivero considera que también en este punto el tránsito de la Colonia a la Independencia trajo cambios y no existe más esa influencia profunda de la práctica confesional. No significa esto que el clero no tenga ya importancia pública, que es otra cosa. Lo cierto es, sin embargo, que en la actualidad la religión es un objeto de práctica superficial y sin mayor calado en los sentimientos de mucha gente, sobre todo los varones. Esto vale, por lo menos, para los sectores criollos de la población.³³ Reina ahí un “indiferentismo práctico” que se explica tanto por el espíritu de la época como por el relajamiento de la sociedad. Ésta se muestra inmune a cualquier forma de idealismo.

En cuanto a los indios, ellos siguen concediendo algún prestigio a los curas y frailes, quienes aún pueden despertarles el apego a las formas rituales y mantenerlos en obediencia.³⁴ Sin embargo, esto está en proceso de desaparición, pues estas figuras de autoridad e influencia pierden influencia, siendo ya incapaces de suscitar el celo religioso de antaño. De todos modos, el indio conserva un amor sincero por símbolos religiosos como la guadalupana, y se constata en sus extensas peregrinaciones y su disposición a llevarle presentes y venerarla en su santuario. La religión ejerce aún un efecto mágico en

³² *Ibidem*, p. 238.

³³ *Ibidem*, p. 239.

³⁴ *Ibidem*, pp. 213-214 y 228.

el indio, sostiene Rivero, pues colma su corazón ante la falta en él de otro sentimiento igualmente potente, como podría ser el de libertad e independencia.

Cabría pensar, por lo anteriormente expuesto, que el pasado colonial no tiene ya influencia decisiva en la situación social de México, conforme a Rivero. No es exactamente así. De la misma manera en que el espíritu aristocrático antiguamente reprimido ha venido a resurgir, de manera similar se constata que una parte del clero, sobre todo el bajo, retoma el protagonismo público anteriormente gozado y desciende ahora a la arena política y la lucha partidista para medirse con los demás actores en acción.³⁵ Es un clero de “espíritu guerrero”, como lo llama Rivero, que al parecer no se resigna a perder la vieja influencia y posición de mando. Un punto de ruptura con el pasado se refiere a los términos de la relación entre la Iglesia y el poder civil, que en la época colonial eran claros y ya en el presente no se han desdibujado. Rivero se muestra agudo en esto y detecta una cuestión desatendida que debería abordarse para bien de la sociedad. La clase dirigente ha sido evidentemente omisa en esto y así ha vuelto a mostrar su incapacidad política.³⁶ La falta de un arreglo jurídico de la relación Iglesia-Estado no se justifica en un país tan marcado por el catolicismo, donde además el clero ha prestado apoyos económicos y educativos notables a la sociedad.³⁷ Es cierto -se ve Rivero precisado a reconocer- que en el clero se da fuertemente la propensión al juego y a la vida relajada que priva en el resto de la sociedad, así como ha perdido su preeminencia intelectual en algunos campos de estudio. De cualquier manera, sus servicios y presencia no son irrelevantes para el país, y si en lugar de integrarse a las tareas beneficiosas se dedica a medrar entre las lides políticas, malos son los resultados.

Recapitulemos lo dicho por Rivero en comparación con Löwenstern. Como el austriaco, Rivero da por cierto que la sociedad mexicana alberga una creciente situación de disolución e inmoralidad, lo cual se refleja en las costumbres y una mentalidad muy inclinadas a la superficialidad y el desapego de los viejos valores y hábitos

³⁵ *Ibidem*, p. 133.

³⁶ *Ibidem*, pp. 132-133, 310-312.

³⁷ *Ibidem*, pp. 126-130.

beneficiosos. Lo que pueda haber de decadencia en México asomará en este sentido. El peso del pasado no consiste en una herencia hueca y costrosa de costumbres medievales o prehispánicas que, pese a su antigüedad, se manifestaría en formalismos sociales y ceremoniales, más allá de haberse perdido el espíritu original (caballeresco, cristiano, etc.). Rivero toma más en serio la perspectiva sociológica genética que gana fuerza en su época para plantear la cuestión en términos de estado social. Lo que él hace al comparar continuamente la sociedad novohispana y la mexicana independiente es atender al grado de eficacia del poder público y su correspondencia con el estado social. En la primera hubo un ejercicio político que se ajustó al estado social y permitió la paz, el bienestar y la estabilidad. En la segunda hay un nuevo estado social aún no bien definido, pero en riesgo de mantenerse insano mientras no se aprendan algunas lecciones del periodo virreinal.

Una de las cosas a aprender, conforme a Rivero, sería el tomar consciencia de lo que él llama la significación social del poder. La historia de Nueva España ofrece un escenario excelente para apreciar lo que puede ser tal significación. Lo central aquí es el genio de Hernán Cortés al moldear creativamente una sociedad nueva:

Reducido con tanta gloria el Imperio mejicano a la dominación de Castilla, la importancia de este hecho influyó grandemente en la naturaleza del orden de cosas por él creado, y la ley de la Conquista vino a penetrar la masa de la nueva sociedad y a decidir en mucha parte el modo de organización de sus elementos.³⁸

A continuación, Rivero explica que la sociedad novohispana quedó marcada por la Conquista, porque tras ésta y por ésta se definieron los *impulsos, intereses y opiniones* que tendrían parte en la nueva sociedad. Como ya se ha explicado, el elemento democrático del trabajo, protegido e impulsado por la Corona, propició y se nutrió de una inmigración continua de peninsulares que engrosaba una y otra vez las filas de la población laborante de Nueva España. La metrópoli promovió las condiciones y un ambiente favorable al trabajo. La

³⁸ *Ibidem*, p. 12.

Iglesia dio sentido y formó la conciencia de toda esa población migrante, y más y más peninsulares se trasladaron a América para hacer fortuna, de suerte que el trabajo y la religión ponían su sello a la vida de Nueva España.³⁹ El elemento monárquico se hizo presente en figuras de autoridad como el obispo, el fraile o el oidor, escogidos de una extracción social y trayectoria que les conferían cierta calidad plebeya y permitían trabajar para el pueblo.⁴⁰ El gobierno contenía, como se ha visto, las aspiraciones aristocráticas de las familias de los conquistadores.

¿Qué enseñanza hay en esto sobre la significación social del poder? Los elementos monárquico, democrático y aristocrático aglutinaban los impulsos, intereses y opiniones de que ha hablado Rivero. El siguiente párrafo resume la índole del poder establecido:

...amasado de cielo y tierra, [fue un poder] que luego que hubo quebrado el cuello a las únicas ambiciones ahí existentes, imperó soberanamente, y con tanta mayor decisión y efecto, cuanto que estaba rodeado de un inmenso prestigio, y se apoyaba por un lado en la conciencia y por otra en el artificio monárquico. Este poder tuvo instintos democráticos, y se ejerció en beneficio de las masas allí singularmente débiles, y en contra de la tiranía de la gran propiedad; se ejerció a favor del trabajo....⁴¹

Por estar “amasado de cielo y tierra”, el poder en Nueva España se desplegó de manera unitaria y sin contradicciones, puesto que la religión y la política actuaban en un mismo sentido y en colaboración. La prioridad era la atención de la mayoría y no permitir obstáculos o atentados contra el principio del trabajo, cemento visible de la sociedad. Precisamente eso es lo que no asoma por ninguna parte en el México independiente, en que Estado e Iglesia, políticos y clérigos tiran en direcciones opuestas y no hay esfuerzo por recuperar la unidad del poder y la sociedad, meta que Rivero considera alcanzable en un país en que no hay división religiosa y la inmensa mayoría de

³⁹ *Ibidem*, pp. 19-22.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 101.

⁴¹ *Ibidem*, pp. 23-24.

la población, puesta en un tren de trabajo, bien puede labrarse el bienestar y un futuro.

La cuestión del trabajo, por tanto, es también fundamental en las consideraciones de Rivero. La creación de condiciones para la dedicación al trabajo fructífero y recompensado debería ser visto como urgente, de suerte que entre los escenarios viables de México se cuente el de una vida dedicada al esfuerzo y logros materiales comparables a los coloniales. De una misma urgencia tendría que ser considerada la promoción y extensión de la educación, campo en el que el país ha hecho esfuerzos, pero no suficientes como para tener un efecto transformador en la política y la sociedad. De hecho, el principal sentido de haberse independizado debería ser la promoción de una educación forjadora del carácter y no reducida a las habilidades y la busca del desahogo material. Ésta es, por lo menos, la mejor manera de entender el siguiente párrafo:

Si de algo ha de servir la independencia es de dar este giro austero a la educación, y empezar así a formar las costumbres y el carácter nacional, todavía indeciso; mas hasta ahora es bien poco lo que se ha hecho en este sentido.⁴²

La educación de que habla implica revalorar el trabajo y la disciplina, así como las formas de pensar humanísticas e incluso filosóficas. Nuestro autor está convencido de que si una educación con estos fines dio frutos en la Colonia, aunque fueran socialmente restringidos, ningún motivo hay para no restablecerla en el México actual, con el beneficio de poder extenderla ahora a la generalidad de la población.⁴³

Terminemos este apartado sobre Rivero retomando la afirmación incluida en el párrafo recién citado, respecto de que en México no hay verdaderas costumbres y carácter nacional. Desde

⁴² *Ibidem.*

⁴³ Como Löwenstern, Rivero se refiere al bajo nivel educativo y la falta de ilustración genuina en México. Por lo que toca al periodismo político, también lo considera superficial y nocivo, siendo un hecho que “el ingenio mexicano, de suyo espontáneo y ligero, dio al punto en el escollo de la facilidad periodística”, *Ibidem*, p. 280.

luego, el español expresa aquí un claro juicio de valor y se refiere a lo que deberían ser las costumbres y el carácter nacional, muy distintos a lo que encuentra en el país. La condición de nación independiente y organizada supuestamente por principios democráticos, liberales y humanitarios implica forzosamente un nuevo estado social, el cual no acaba de definirse ante la falta de estabilidad, eficiencia y sensatez de parte del gobierno y la sociedad. Poner en pie un poder con verdadera significación social, organizar duradera y eficientemente los elementos o fuerzas sociales, labrar mediante la educación y el trabajo un genuino carácter nacional, todo esto supone una tarea de sumar esfuerzos y llegar a un resultado feliz como el de la vieja suma de poder político y religioso. La sociedad mexicana del momento se encuentra de alguna manera desnuda, impotente para concebir y generar un poder público acorde con su estado, y por esto mismo debe reflexionar y definir cómo construirá ese poder. Muchas de las reflexiones de Rivero en *Méjico en 1842* van en este sentido, como cabía esperar de un español nostálgico del viejo Imperio hispánico y esperanzado en que un México estable y bien organizado se convierta en buen socio comercial, cultural y migratorio de España, como en una especie de *Commonwealth* hispánica.⁴⁴

Conclusión.

Como se ha apreciado, Löwenstern y Rivero ofrecen textos cronológicamente muy próximos, con puntos comunes y contrastantes tanto en lo referente a la realidad retratada como a las categorías aplicadas en sus análisis y conclusiones. En el presente texto no se ha pretendido un examen completo de sus libros y mucho menos bajo una comparación exhaustiva. Ante todo, ha interesado su percepción de las determinaciones o condicionamientos del pasado en la situación social de México, así como la importancia que conceden al factor religioso.

⁴⁴ Por las fechas de publicación de *Méjico en 1842*, Rivero es partidario de un proyecto de monarquía en México. Para 1846 ha cambiado su punto de vista, desmintiendo su afiliación a este proyecto, en gran medida por considerar que las condiciones políticas y sociales de México hacen inviable tal propósito. El giro a este respecto puede advertirse en su escrito *Proyecto de monarquía en Méjico*, Madrid, Imp. de D. N. Sanchiz, 1846.

Amplia coincidencia hay entre los dos al registrar rasgos conductuales de los habitantes que demuestran una vena de ligereza y frivolidad muy peculiar. El gusto por el juego, la tendencia al despilfarro, el desapego a lo espiritual, el querer vivir un tanto al día sin dejar espacio a las preocupaciones o amarguras de los imprevistos o posibles privaciones en el futuro, etc., todo esto configura un escenario muy similar en la visión de los dos escritores. Ciertamente, mientras Löwenstern proyecta estos rasgos en todo un carácter nacional, y así habla con insistencia de una nación o pueblo ligero y desconsiderado, Rivero es más cauto y tiene claro que el carácter nacional no se ha definido. La frivolidad y languidez moral son para él prueba de la inexistencia de un carácter nacional, no el contenido de éste, como lo ve Löwenstern. Formar costumbres, educarse en el trabajo y desarrollar virtudes en la disciplina y la entrega a causas elevadas es precisamente lo que permitiría la formación de ese carácter.

Distinta es en ambos también la evaluación del peso del pasado colonial en las condiciones sociales del México independiente. Mientras el austriaco cree ver la pervivencia de un estado de cosas medieval con el añadido de algunos elementos prehispánicos, el español resalta la discontinuidad entre la situación mexicana del siglo XIX y la de apenas 40 o 50 años antes. Ambos están de acuerdo en que la revisión histórica es fundamental para entender el escenario social mexicano, particularmente en lo tocante a las conductas reiteradas y el estado moral de la población. Sin embargo, también es patente aquí el contraste: mientras uno concibe un estado social marcado por una continuidad de 300 años o más con el pasado, el otro subraya las discontinuidades dadas por la forma de ejercer el poder y su impacto en la sociedad. Acaso en la visión estática de Löwenstern haya influido el hecho de que éste visitó el país hispanoamericano después de haber estado en Estados Unidos, donde el desarrollo material y los procesos sociales se daban con mucho mayor rapidez que en México. De todos modos, la idea de un anclaje en costumbres y formas sociales medievales y prehispánicas, sin plantearse cómo estos elementos tradicionales sobrevivirían al margen de alguna adaptación y cambio por los nuevos tiempos, constituye un aspecto un tanto estafalario en la obra del austriaco.

Queda simplemente confiar en que el presente texto contribuya a incrementar la atención en este tipo de fuentes, de gran importancia no sólo como expresión de los juicios e intereses de los extranjeros respecto al México de esos años, sino también como una modalidad de reflexión sobre el sentido y modo de abordar las grandes cuestiones sociales, políticas, históricas y culturales de su época. Frente a Humboldt, la marquesa Calderón de la Barca, Brantz Mayer o H. G. Ward, aún es poco el valor concedido a Löwenstern y Rivero como vía de acceso al México decimonónico. Sin embargo, su reflexión sobre los aspectos de carácter y de la situación social de México a raíz de su pasado y de la práctica religiosa, más ambiciosa de lo que parecería a primera vista, ilustra sobre cómo esa literatura de viajes perseguía, a su manera, la lógica profunda de los fenómenos sociales.

BIBLIOGRAFÍA:

- COSTELOE, Michael P., *La república central de México, 1835-1846. Hombres de bien en la época de Santa Anna*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- CRAMAUSSEL, Chantal, “Imagen de México en los relatos de viaje franceses: 1821-1862”, en Javier Pérez Siller (coord.), *México Francia. Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX*, México, Centro de estudios mexicanos y centroamericanos/El Colegio de San Luis, A. C./ Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1998 I, p. 303 (obra consultada en línea en Open Edition Books (2015): <<http://books.openedition.org/cemca/4066>>. ISBN: 9782821855649. DOI: 10.4000/books.cemca.4066).
- DÍAZ y de Ovando, Clementina, “Isidoro Löwenstern: su visión sobre México (1838)”, en Amaya Garritz (ed.), *Un hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan A. Ortega y Medina*, México, UNAM, 1993.
- FIGUEROA Esquer, Raúl, “Luis Manuel del Rivero, el diario *El Español* y la guerra de 1847” en *Estudios. Filosofía-Historia-Letras* Vol. 14, 50-51, 1997-1998, pp. 115-128.
- LOS ESPAÑOLES pintados por sí mismos*, Madrid, I Boix, 1843-1844, 2 vols.
- LOS MEXICANOS pintados por sí mismos. Obra escrita por una sociedad de literatos*, México, M. Murguía, 1855.
- LÖWENSTERN, Isidore, *Le Mexique. Souvenirs d'un voyageur*, París/Leipzig, Arthus Bertrand/Leopold Michelsen, 1843.
- PIERINI, Margarita, *Viajar para desconocer. Isidore Löwenstern en el México de 1838*, México, UAM/Iztapalapa, 1990.
- RIVERO, Luis Manuel del, *Méjico en 1842*, Madrid, Imp. de D. Eusebio Aguado, 1844.
- *PROYECTO de monarquía en Méjico*, Madrid, Imp. de D. N. Sanchiz, 1846.

